Centro de Difusión de la Buena Prensa

Cómo se manejan

Los dineros del Vaticano

POCO Y BUENO

SERIE IGLESIA

Cómo se manejan los dineros del Vaticano

Copyright Centro de Difusión de la Buena Prensa

Diseño: AD Producciones
Impresión: Impresos Ancla SRL

Interrogantes de siempre

Por qué la Iglesia tiene tanta riqueza en el Vaticano? ¿Por qué no la vende y la distribuye entre los pobres? ¿Qué hace la Iglesia o el Pontífice con el dinero? O: ¿cómo lo obtiene?, ¿en qué se gasta? Cuántas preguntas de este tipo, o similares, escuchamos al respecto a lo largo de nuestras vidas. Son interrogantes que parecen partir de una actitud agresiva; o si no es mal intencionada, al menos se nota que no son afirmaciones fundamentadas. Entre falta de información o de reflexión, también podemos encontrar una formulación incorrecta. O restos de una vieja actitud anticlerical. En realidad: ¿qué se quiere preguntar? ¿qué se pretende sostener?

Un oscuro objetivo apuntaría a mostrar una imagen contradictoria de la Iglesia, que predica el amor a los pobres al mismo tiempo que concentra riquezas incalculables. Como si fuera una institución insensible ante el dolor de tantos seres humanos. ¿Puede sostenerse semejante afirmación, sin duda mortificante para cualquier creyente? Veamos.

¿De que riquezas hablamos?

Quizás sea éste el primer planteo. ¿La "acusación" se refiere a joyas, acciones en la bolsa? ¿Se pretende sugerir que el Papa u otros prelados viven con lujo? O por si alguien bajara el planteo a las iglesias locales: ¿podría hacérselo con relación a su parroquia, su cura párroco, su diócesis? ¿Es acaso la Iglesia una institución millonaria? ¿Tiene afán de lucro? ¿Es correcto que busque incrementar su patrimonio?

De entrada se advierten falsedades, calumnias, diríamos: parecen apuntar a la hipotética vida ostentosa del Papa, obispos, curas, monjas, etc., quienes usufructuarían de esos tesoros. O, desde otra faceta, afán de lucro escondido bajo la excusa de la religión... Pero: ¿qué bienes tiene la Iglesia? Los que juzga necesarios para el cumplimiento de su misión, que es de orden espiritual. Sigamos desgranando.

En primer lugar esas "joyas", a las que comúnmente se aluden, son verdaderos tesoros pero culturales, históricos, espirituales: iglesias, imágenes, cuadros, frescos, cálices, que se encuentran en el templo para el culto religioso o se aprecian en museos en los

que se conserva el patrimonio cultural del cristianismo. Carecen de valor económico y financiero. Entre las "riquezas" también alguien podría hacer alguna referencia a los edificios de la Iglesia en el mundo en los que funcionan tántos hospitales, universidades, escuelas, hogares para niños, ancianos, pobres, pensionados, marginados, refugiados... Cuántos de ellos, en zonas de misión, son sostenidos por el Vaticano, en forma directa.

El concepto actual de riqueza no se fundamenta en piezas de exposición sino en marcas o se cotiza en bolsas. Pensemos en la Piedad, la escultura de Miguel Ángel, que puede apreciarse, gratuitamente, por todos los peregrinos o visitantes de la Basílica San Pedro. La famosísima obra se encuentra muy cerca del ingreso de la puerta, hacia la derecha, protegida por un cristal para resguardarla de un atentado, como ya ocurrió. ¿Sería oportuno subastarla para donar ese dinero a los pobres? Si fuera vendida podría ser sólo apreciada por quienes pagaran una entrada y se alejaría de los menos pudientes. ¿Qué nivel de pobreza podría resolverse con

ese dinero? ¿A cuántos podría beneficiar mientras la marginación crece en el mundo? ¿Quién podría ponerle valor a la riqueza espiritual, francamente conmovedora que trasmiten esas dos sublimes figuras esculpidas por el genial Miguel Angel Buonarroti?

A propósito del tema, recordemos el elogio de Jesús a María por haber derramado un perfume carísimo sobre sus pies (Mt. 26,10) y a la viuda que puso todo lo que tenía como limosna al templo (Mc 12,44). No fueron obligadas ni coaccionadas, entregaron al Señor lo valioso que tenían.

Por otro lado, es propio y digno del ser humano ofrecer al Altísimo lo mejor de sí, que lo acerque a valores trascendentes, que eleve su espíritu. Y veamos cómo Jesús cuidaba de los templos. Èl frencuentaba la sinagoga y, cuando estaba en Jerusalén, asistía a ella y enseñaba. Tanto fue su celo por el Templo que en una ocasión echó a los que no lo respetaban como Casa de Oración (Mt 21,12-13).

A lo largo de la historia observamos, en distintas culturas, que los hombres mantuvieron siempre el anhelo de ofrendar a Dios, o a las divinidades, lo más bello de esas co-

munidades, los más hermosos templos y expresiones. En algún libro de arte o de turismo, o a través de numerosos videos, podrán apreciarse el esplendor, en cualquier tiempo y lugar, de templos de otras religiones, como sinagogas o mezquitas (algunas imponentes como la de Casablanca en Marruecos o la tan amplia de Damasco), o los pertenecientes a las civilizaciones de la antigüedad, los de Abu Simbel, erigido en Nubia, la más bella construcción del faraón Ramsés II; Luxor o Karnac y los que se levantan en torno al río Nilo, tesoros que los egipcios cuidan celosamente y para el bien de todos. En América reparemos en Teotihuacan, en México... O si se quiere, aunque constituyeron tumbas, pensemos en las pirámides de El Cairo, ¡una de las siete maravillas del mundo!

La lista es tan larga como atractiva. ¿Por qué sorprendernos, entonces, de la belleza de Notre Dame, Nuestra Señora de París, si es el fruto del amor de miles y miles de católicos? ¿De la catedral de Burgos, orgullo de España? ¿O de la Basílica de San Pedro, el más amplio templo de la catolicidad, levantado sobre el lugar en que San Pedro fuera crucificado y enterrado? La corona la cúpu-

la, también debida a la genialidad de Miguel Ángel, que resulta fácilmente visible desde la ciudad de Roma.

¡Los tesoros son de todos!

Pero aquí tenemos que formular otra puntualización importante sobre el tema: ¿de quién y para quiénes son esas obras, esos edificios? ¿Para los ocasionales ministros religiosos? ¿Quiénes los usufructúan? ¿Quiénes disfrutan de los Museos Vaticanos y sus anexos, la Capilla Sixtina y las llamadas estancias de Rafael?

La respuesta es fácilmente comprensible por lo que planteamos ya con "La Piedad": ¡es el patrimonio de todos!!!!!!! Contrariamente a lo que se quisiese insinuar con una pregunta mal formulada o peor intencionada: ¡esos tesoros pertenecen a la humanidad, son de todos y en especial de los pobres! Al igual que los ricos o de los empleados que se mantienen con sus salarios, ellos, los que menos tienen, también los contemplan. Y qué no decir de las catedrales o santuarios de cualquier parte del mundo, concretados merced al esfuerzo de tantas generaciones, de tantos trabajadores.

La cuestión es clara: los "tesoros" no pertenecen ni al Papa ni a los cardenales ni al funcionario eclesiástico o laico de turno. Son simple y maravillosamente para todos, para el culto, la recreación del espíritu, la afirmación de la historia, el aporte de miles y miles de hombres de todos los tiempos. Incluso para las personas de cualquier religión o autodefinidas ateas. ¿Vender esos tesoros? Significaría una pérdida para la propia identidad. ¿Qué ganó México con la venta de Texas a los Estados Unidos? ¿Qué le dejó a las generaciones siguientes? Podríamos preguntarle su opinión a los hermanos de ese país, no sin lesionar sus sentimientos.

Es una responsabilidad para con la humanidad, en el presente y para el futuro. Y esto es tan así que el Vaticano no recurrió jamás a una transferencia de cualquiera de esas "joyas" para cerrar su balance, para incrementar sus propias cuentas, cuando éstas fueron negativas. Veremos más adelante.

¿El papa vive como rico?

Qué palacios!!!!! Se podrá afirmar. Europa tiene muchísimos de ellos. Quizás se pretenda dar a entender que

el Santo Padre vive con lujo. ¿Que este Papa, Juan Pablo II, por ejemplo, que reclama insistentemente por los pobres, por los discriminados, los afectados por la miseria y la exclusión, vive como si fuera un rico? ¿Justamente él que habla de justicia y de paz, de la reconsideración de la deuda externa?

El Santo Padre habita un viejo palacio con gran austeridad, entregado totalmente a su ministerio, en servicio de todos los hombres. El representante de Cristo en la tierra, octogenario ya, comienza humildemente su día a las 5, orando en la capilla. Nada es suyo, pero él es jefe espiritual de su grey y, también, el responsable de la administración de la Iglesia.

Para tener una idea: la basílica de San Pedro se comenzó a construir hace unos 500 años (en 1507) y tardó más de un siglo en terminarse. Allí, en donde enterraron a San Pedro, (su tumba puede ser visitada) se había levantado un santuario en el siglo II. La primera gran basílica fue construida por orden de Constantino, y completada alrededor del 349 d.C. Por ella, cuya piedra fundamental fue puesta por el Papa Julio II, pasan hoy,

anualmente, unos cuatro millones de peregrinos, excluyendo al año jubilar en el que se incrementó la cifra de un modo conmovedor. Al año se celebran unas veinte mil misas y el Papa preside unas 30 ceremonias solemnes.

Y los edificios vaticanos no son construcciones modernas. ¿Podría el Pontífice vivir en medio de una ciudad, sobre la que no tuviere jurisdicción? ¿Podría trasladarse día a día, por una avenida romana para ir a su oficina sin provocar a su paso las movilizaciones que su solo nombre convoca? Por otro lado, sólo puede hacerlo, y así lo muestra la historia, en ese pequeño territorio que constituye el Vaticano, un estado soberano de 0,44 km2, dentro de otro estado (Italia), reconocido a partir del acuerdo con Benito Mussolini, en 1929, con la firma del pacto de Letrán.

Con ese acuerdo conocido como "de reconciliación", quedaban atrás historias de ataques y confinamientos. El entonces sucesor de Pedro era Pío XI, quien prefirió que la superficie del Vaticano no fuera superior, (seguramente por razones de mantenimien-

to) aceptando, a modo de compensación por las confiscaciones de los terrenos pontificios, algunos edificios fuera del límite, entre ellos iglesias históricas, colegios y la residencia de Castelgandolfo. Estas posesiones gozan de un rango parecido a las embajadas. El Vaticano, obviamente, pero vale remarcarlo, no recibe subsidio alguno. Y su correcto nombre es "Estado Ciudad del Vaticano".

Veamos este dato que muestra los movimientos del Papa dentro de esa jurisdicción: a lo largo del 2001 Juan Pablo II se encontró con dos millones y medio de personas, a través de 43 audiencias de los miércoles, otras especiales, celebraciones, bendiciones y el rezo del Ángelus de los domingos por la mañana, desde sus balcones que miran a la Plaza, la de las columnatas del genial artista Bernini. ¿Es posible un traslado tal de personas en forma periódica en una ciudad? ¿Y al Papa en medio de ellas?

En el Vaticano funcionan numerosas oficinas correspondientes a los consejos pontificios, tribunales, congregaciones, y hasta el correo postal propio, y departamentos de parte del personal que allí presta servicios.

Se calcula que viven unas mil personas que cumplen distintas funciones. Todos sirven a la Iglesia (la integramos todos) ¡Los beneficiarios somos nosotros! ¿Acaso podrían traducirse en términos económicos los "regalos" espirituales, morales, psicológicos y materiales que recibimos en esos templos, museos o casas? ¿O en los de cualquier país? ¿Podemos evaluar una gira papal? ¿Su bendición? ¿La presentación de una nueva encíclica? ¿Sus constantes mensajes llamando a la paz, a la justicia, a la dignidad humana?...

¿Por qué la iglesia tiene bienes?

Esta pregunta podría a llegar a poner en duda o cuestionar que la Iglesia pueda poseer bienes.

¿Acaso es malo eso? En absoluto.

Como no está compuesta sólo por ángeles, la Iglesia necesita para cumplir con su misión edificios para enseñar así como bibliotecas, computadoras, autos para trasladarse, con las urgencias del caso, a manera del burrito que utilizaron María, José y el Niño... Para dar culto a Dios requiere de templos y de imágenes para la piedad, libros... O

las construcciones que utiliza para las obras de caridad, de misericordia, de promoción del hombre.

Es evidente que en estos dos mil años, la Iglesia no se dedicó a acumular dinero, más bien se aprecia que destinó los fondos para el bien de los hombres, ni siquiera sólo de los católicos. Los ha levantado y los cuida celosamente aunque no sean bienes personales de quienes trabajan allí tan generosamente.

A simple vista se advierte que la tan vapuleada riqueza está compuesta por bienes que se comparten, muy lejos de ser guardados con la avaricia que los poderosos del mundo actual suelen aplicar a lo mucho que poseen. Bienes que se utilizan y que provienen de sus vías de recolección, de las que hablaremos. Su legitimidad está fuera de cualquier duda. Más: tiene la obligación de cuidar y lograr la mayor renta posible de los fondos que administra a fin de poder responder a las numerosas necesidades que sus objetivos le demandan. Sin duda alguna: ¡no puede descuidar sus activos, sus recursos!

Otra cosa sería que su actividad prioritaria se diera en el mundo financiero. Pero es

correctísimo que recurra a él para ayudar al cumplimiento de su fin. Es ésta una crítica que resulta un resabio de otros tiempos, de otras realidades. ¡Otra cosa, y reprobable por cierto, es centrar la vida en el dinero! Y esto vale para todos. Más aun en el campo de la política: justamente la Iglesia critica acérrimamente las visiones actuales que acentúan la economía, olvidándose que constituyen instrumentos al servicio del hombre, que el camino es un desarrollo sustentable.

¿Puede el hombre dejar de lado la belleza?

De los servicios de la Iglesia y de los bienes que para ello necesita pocos podrían dudar. Más aun, en la Argentina es la Institución que mayor respaldo goza entre la gente como dispensadora de bienes. La mayoría prefiere donar a Caritas, por ejemplo, antes que algún funcionario, ente estatal o algo similar. De Ella, en esto, no se escuchan reproches.

Los que atacan las riquezas vaticanas apuntan más a los tesoros artísticos, patrimonio que la Iglesia pone al alcance de todos, como dijimos. Pero: ¿se duda de la im-

portancia de la belleza? ¿Se la puede considerar un bien innecesario?

¿Resiste algún análisis? La belleza nos eleva espiritualmente, nos gratifica, dignifica y anima. Inspira nuestra oración y recogimiento. Nos une al pasado y reconforta en el presente. Una visita a los museos vaticanos, por ejemplo, nos permitiría apreciar cómo la Iglesia siempre fomentó y protegió la cultura desde los tiempos de Cristo. Se observan hallazgos procedentes de tumbas etruscas, la pinacoteca con obras de Leonardo, Tiziano o Rafael o las expresiones de escultura clásica, entre las mejores del mundo. Se destacan, además, las colecciones de arte griego y romano, que se exponen desde el siglo XVIII. Se calculan en 18.000 el total de las piezas exhibidas. ¡Siglos de arte e historia!

Qué no decir de la Capilla Sixtina, llamada así por su fundador el papa Sixto IV, con los episodios de la vida de Moisés y de Cristo volcados magistralmente en las paredes laterales o el Juicio Final, el fresco de Miguel Ángel. A su creatividad también se debe el techo, incomparable sin duda, con la pode-

rosa y tierna imagen de la Creación, encargado por el Papa Julio II. El Antiguo Testamento y el Nuevo reflejados por el arte, enseñando y motivando...

Y consignamos que son tesoros propios, donados, encargados u obsequiados, pero nunca saqueados, como algunos que se advierten en los afamados museos del mundo. En el Británico de Londres aun se conserva, a pesar de las disputas, gran parte del Partenón, símbolo ateniense. O la piedra de la Rosetta que "encontró" un soldado de las fuerzas de Napoleón en el delta del Nilo, fragmento de basalto negro con el que Champollion pudo descifrar la escritura jeroglífica egipcia.

La existencia de bienes artísticos y religiosos, ¿afecta de alguna manera la pobreza? No, en absoluto. Su venta: ¿la resuelve definitivamente? Tampoco. Más: cuando Juan Pablo II visitó una favela en su primera gira a Brasil regaló, conmovido, al anillo papal a una familia humilde. ¿Acaso lo vendieron para mejorar su situación? Lo conservan en la capillita de la favela, como un objeto jamás imaginado de parte del sucesor de Cristo en la tierra.

La iglesia: ¿Qué hace por los pobres?

No debe haber en el mundo una institución que acuda tan prontamente al socorro de los hombres o trabaje en forma constante en su asistencia. En materia de emergencias basta recordar el auxilio que envió a Irak, luego de la guerra, o por el terremoto de mayo de 2003 que devastó a Argelia.

Más directamente aún: en febrero y diciembre del 2002, Juan Pablo II donó a la Argentina, a través de Caritas, cien mil dólares en ambos casos, "para paliar algunas necesidades urgentes y mueva a otras personas e instituciones a acudir en ayuda de quienes, en este momento se ven sometidos a pruebas tan duras y dramáticas", leemos de la carta firmada por el cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado Vaticano.

De la Santa Sede también acudieron rápidamente dos miembros de su organismo pertinente, Cor Unum, para analizar su apoyo frente a las inundaciones en la ciudad de Santa Fe en mayo del 2003. Uno de ellos es argentino: Mons. Nelson Roque Viola. Ese ente pontificio, fundado por Pablo VI en

1971, destinó en treinta años más de ochenta y siete millones y medio de dólares, y un promedio de dos millones anuales tan solo para obras de recuperación frente a las catástrofes. Aparte, para citar otro aspecto, el Vaticano destina fondos para las víctimas del terrorismo y las guerras, multiplicadores de pobreza. Y existen, además de Caritas Internacional, organismos vaticanos dedicados a la promoción con proyectos nacionales, regionales o continentales.

Otras conferencias episcopales también acudieron en auxilio de nuestra patria, como la de Italia y España, en este caso con una colecta bajo el lema "Argentina nos duele". Y así se da con otros países en situaciones apremiantes.

Los numeros y las obras

Estos datos de Pedro Brunori, del libro "La Iglesia Católica", ediciones Rialp, son elocuentes: en servicios de asistencia, la Iglesia atiende en Africa 14.982; en Asia 20.909; en Europa 39.580; en América 45.880 y en Oceanía 1.649. Siguiendo el siguiente orden (hospitales, dis-

pensarios, leprosarios, hogares de ancianos, orfanatos y guarderías, centros de educación familiar, educación especial y el rubro otros) detallamos, primero, los del llamado continente "negro": 855, 4.300, 257, 470,1200, 1780, 920 y 5200. Los números en Asia consignan: 1.240, 3.420, 354, 1.070, 4.910, 1.240, 2.675 y 6.000. Y veamos los de Europa: 1535, 3.100, 35, 7.250, 5.000, 4.150, 3.710 y 1.480.

Los de Oceanía dicen 160, 180, 4, 400, 140, 270, 135 y 386. Y los de América, del norte, centro y sur, los sintetizamos en el total ya apuntado: 45.880.

Como la preocupación de la Iglesia pasa por los hombres, en forma integral, en su momento "inventó" hospitales y universidades, y sigue atendiendo tal número de obras asistenciales, como acabamos de consignar, con las que podríamos llenar varios libros. A riesgos de ser injustos con tanta entrega queremos citar dos ejemplos símbolos, el Cottolengo Don Orione o las obras similares en las que viven seres humanos que pocos aceptan tener en sus casas, o los hogares en la India impulsados por la fallecida

Madre Teresa de Calcuta, en los que se recogen moribundos de los basurales para que puedan, al menos, fallecer con la dignidad de una persona.

Más aún: del total del presupuesto anual de la Santa Sede, casi un treinta por ciento es destinado enteramente a obras como las citadas, además del llamado "óbolo de San Pedro", del que nos ocupamos más adelante. Y esto sin considerar el aporte de otras instituciones que pertenecen a conferencias episcopales, y ayudan permanentemente a las naciones más pobres, como Adveniat (su nombre significa "venga a nosotros tu Reino", creada en 1961 por el obispo de Essen, Mons. Franz Hengsbach, en comunión con los obispos alemanes) o Misereor, fundación de católicos alemanes, destinada a proyectos de desarrollo social. La nómina es amplia: Ayuda a la Iglesia Necesitada, Manos Unidas...

En definitiva, resulta poco serio esgrimir la necesidad de los pobres para atacar las supuestas riquezas del Vaticano, cuyo presupuesto anual ronda en los 145 millones de dólares, menor al de algunas universidades de los Estados Unidos, por ejemplo. No exis-

te una relación de causa y efecto. Si el Vaticano no existiese la situación de los desposeídos sería peor, pues no contaría con el mayor benefactor de la humanidad.

Por otro lado la pobreza del mundo no se ataca efectivamente desde la asistencia ni con las donaciones que, sin duda, ayudan. En primer lugar, la situación de los más necesitados mejoraría si los gobiernos fueran capaces y honestos, si hubiera trabajo para todos y salarios dignos. Si se carece de ésto estamos ante factores frutos del pecado. Porque se trata del desarrollo de los pueblos (como se llamaba una encíclica de Pablo VI) y de una mejor distribución de las riquezas, para bosquejar, nada más, (no es el tema central de este trabajo) un problema estructural de fondo.

Los fondos de la iglesia

El arzobispo italiano Sergio Sebastiani ocupa el cargo de prefecto para Asuntos Económicos de la Santa Sede desde 1998. Este organismo equivale al Ministerio de Economía y Hacienda y, al mismo tiempo, al Tribunal de Cuentas de

cualquier Estado "pero haciendo ciertas comparaciones no se puede uno olvidar que la Iglesia tiene una misión espiritual, no material. Aquí los recursos económicos son solamente el medio, no el fin", explicó el prelado al periódico Corriere della Sera, en una entrevista. Supervisa las tareas de otros organismos vaticanos (se administran con autonomía) que también hacen a la economía que no está centralizada en el Vaticano, como APSA, Administración del Patrimonio de la Santa Sede.

El tema no es fácil, como puede suponerse. Los gastos vaticanos se incrementaron el doble a partir del Concilio Vaticano II, y de esa cantidad más de la mitad corresponde a salarios. Hasta los años sesenta no se registraba déficit, pero esa tendencia se revirtió luego de lo apuntado y hasta 1992 se venían arrastrando pérdidas que fueron cubriéndose, por un lado con una situación que ahora es irrepetible, debido al cambio favorable de divisas (la mayoría de las ofrendas se envían en dólares) y con un mayor ingreso en las donaciones libres, de las conferencias episcopales, órdenes religiosas, de los fieles,

a partir de la puesta en vigencia del nuevo Código de Derecho Canónico.

Este expresa en el canon 1271 que en razón del vínculo de unidad y de caridad, según las posibilidades de sus diócesis, los "obispos contribuirán a procurar los medios que la Sede Apostólica necesita, según las circunstancias de la época, a fin de que pueda prestar debidamente su servicio a la Iglesia universal".

Mons. Sebastiani explica así el espíritu de ese esfuerzo: "la Santa Sede está al servicio de las comunidades eclesiales locales, así como el Estado está al servicio de los ciudadanos. Las diócesis individuales, por lo tanto, tienen sus propios asuntos económicos pero aportan una contribución voluntaria a Roma porque, en cambio, reciben un servicio. Piense sólo en nuestra actividad diplomática o en las misiones. Siguiendo el mismo principio, a su vez las diócesis reciben contribuciones de los fieles".

Con relación a esas contribuciones aunque todas son importantes, sobre todo si provienen de regiones e iglesias muy pobres, las de mayor significación numérica son las

de Alemania, Estados Unidos e Italia. Estas entradas crecieron de 630 mil dólares de 1992 a 22,8 millones en 1998. También figuran las donaciones de asociaciones privadas como las creadas a tales efectos en Estados Unidos, como los Caballeros de Colón o la Fundación Papal, sin olvidarse de la entrega silenciosa y conmovedora directamente de los fieles en forma individual. ¡En definitiva son fundamentales!

"En el Vaticano -siguió explicando Mons. Sebastiani- hemos aplicado el axioma común a cualquier empresa bien gestionada: contener el gasto y aumentar las entradas. Es todo... Pero quien fantasea con inmensas riquezas, tesoros escondidos, se equivoca de plano. Vamos "tirando", y con parsimonia. Cuidamos mucho la manutención de nuestros inmuebles, porque es mejor gastar antes que cuando el inmueble ya se cae de viejo. Vamos tirando, invirtiendo con gran prudencia, buscando salvaguardar la herencia patrimonial recibida del Estado italiano con la firma de los Pactos Lateranenses", los citados de 1929. Esa herencia a la que se refirió Monseñor comprendió 1.750 millones de li-

ras, unos 92 millones de dólares, invertidos en acciones y la compra de oro, que constituyen el respaldo del estado. No fueron tocados.

A propósito del rubro inmobiliario un dato de 1993 consigna que de los 1700 departamentos del Vaticano en Roma, ocupados y alquilados a instituciones y a su propio personal, a valores menores que los de Italia, se percibían unos 4.600.000 que se reducían a 2.700.000 por gastos de mantenimiento.

Antes la lira era la moneda de cálculo del presupuesto, la anterior al euro que rige actualmente Los números de 1998 (y los seis años anteriores por los aportes de los fieles apuntados) dieron superávit, por ejemplo, de 1.516.000 dólares. No se consideraba en él los gastos propios de la ciudad del Vaticano, que incluye policía, farmacia, servicios en museo y lo propio de la ciudad. Pero el balance consolidado del 2001, o sea en este nuevo contexto de la fuerte moneda europea, arrojó un déficit de 3.062.000 dólares, en ese entonces equivalentes a 3.474.000 euros.

Es que la tarea de la Iglesia se multipli-

ca, se expanden sus servicios misioneros, giras pastorales, enviados especiales, esfuerzos asistenciales, diplomáticos (los edificios de las nunciaturas, por ejemplo), etc. También aumentaron las llamadas actividades institucionales que abarcan a los organismos de la Curia Romana: congregaciones, consejos, tribunales, Sínodos de los Obispos, Oficinas, que cuentan con 2.580 empleados, aproximadamente, (sin contar los que trabajan propiamente en la ciudad vaticana, unos 4000 en total). Son personas que asisten al Santo Padre en su respectiva tarea con servicios que, obviamente, no producen ingresos económicos.

Perdidas e ingresos

Entre los gastos fuertes están los provenientes por los medios de comunicación social, órganos indispensables para difundir en el mundo las enseñanzas y la palabra del Papa. No tiene carácter comercial la Radio Vaticano, creada por el premio Nobel Guglielmo Marconi, que trasmite en 34 idiomas, sin avisos, y cuenta con corresponsales, alrededor de doscientos, en

numerosos países y distintas lenguas. Tampoco lo tiene el diario "L'Osservatore Romano", que se edita en italiano, y una vez a la semana en varios idiomas. Y aunque se cobre el periódico, los gastos superan holgadamente los ingresos. Este item, en 1998, por ejemplo, registró pérdidas por 2.127.000 dólares. No ocurre lo mismo con la Tipografía Vaticana, la Librería Editora Vaticana y el Centro Televiso que suelen proporcionar ganancias. También hemos apuntado la presencia constante de la Iglesia con donaciones en efectivo para los pueblos en diversas dificultades, proyectos, etc.

Nos detuvimos en las contribuciones que provienen de la misma Iglesia, compuesta por unos 850 millones de católicos, de los cuales tres cuarta parte son de muy bajos recursos... "Sin la generosidad de los obispos, sacerdotes, religiosos y laicos del mundo - aseguró el arzobispo Sebastiani- no podríamos mantener todos estos gastos", que no llegan a cubrirse totalmente.

Otra columna de los aportes del Vaticano lo constituyen los recursos que provienen de la actividad financiera: intereses, acciones, negociación de títulos, y la actividad inmobi-

liaria citada, que contribuyen de manera significativa. El Banco Vaticano es una especie de caja de ahorros de los religiosos y, también, institución de préstamo. Paga pocos intereses y presta dinero muy barato a diócesis e instituciones religiosas, prioritariamente para la construcción de colegios e iglesias. Ocupa una torre romana que tiene mazmorra (prisión subterránea).

Pero aun así, con todo lo apuntado, los fondos, que en general habían subido en los últimos años del siglo anterior, no alcanzaron, por ejemplo, para cubrir los requerimientos en del año 2001.

¿Y el óbolo de San Pedro, que citamos más arriba? No entra en el capital consolidado. Comprende las donaciones que el Santo Padre recibe y destina, por su propia indicación, a obras de caridad, misiones, asistencia a las Iglesias pobres. Por lo general suman unos sesenta millones de dólares que el Papa extiende con prontitud.

El diezmo, los servicios y la limosna

Algunas sectas disponen a sus fieles la entrega del diezmo, proporcional a sus ingresos. La Iglesia Católica no

obliga a suma alguna. Bastaría apreciar las canastas de las colectas dominicales: las cifras son muy bajas, y a veces no alcanzan a cubrir los gastos de las comunidades, en especial si éstas cuentan con templos más bien pequeños o se levantan en zonas no favorecidas. En la Iglesia Católica en Argentina se está intentando un cambio de mentalidad a partir del plan "Compartir", un proceso lento que depende de una seria toma de conciencia de parte de los fieles, de todos sus miembros. Aun llevará su tiempo.

¡Pero vea cuánto cobran por los casamientos! No faltará alguien que lo diga, en cierta ocasión. Precisemos: los sacramentos se administran gratuitamente en cualquier parroquia del país. ¿Qué se cobran? Los gastos en flores, alfombras, luces, los honorarios del músico o cantante, que los novios no quieren que falte. Pero, sin esas "extras", el sacramento del matrimonio podrá administrarse sin percibir dinero alguno. Por otro lado, la Iglesia quiere ser justa cuando abona esos servicios pagando lo que corresponde en forma y tiempo a quienes lo brindan.

Lo mismo podemos decir de los otros sa-

cramentos, el bautismo (algún dinero para costear la libreta correspondiente), la confirmación a cargo generalmente del Obispo, la unción de los enfermos, la Eucaristía!!!!!

Otro tanto se puede llegar a escuchar de los establecimientos educativos católicos. Los hay de todos los precios: algunos caros, otros de arancel medio y funcionan también muy baratos. Depende de su nivel, lugar, doble escolaridad, de enseñanza bilingüe, y una serie de razones varias, que no hacen al caso. Pero los privados más económicos del país son las escuelas parroquiales, muchas de las cuales funcionan en pueblos lejanos, en donde los colegios no abundan, como en la Patagonia. En todos, por otro lado, los becados son muchísimos.

Algo parecido a una muletilla, se suele escuchar de los "curas": que cobran sueldos del Estado. ¿¿¿??? En la Argentina sólo perciben una asignación los obispos (equivalente al salario de un juez de primera instancia), parroquias de fronteras y se entrega un monto para el mantenimiento de cada seminarista. Entre los pastores también se incluyen los eméritos, o sea los que habiendo su-

perado los 75 años de edad, renunciaron a su tarea pastoral, como disponen las normas eclesiásticas. El Estado le reconoce su servicio en bien de la Iglesia, de los fieles, de la Patria.

Es falso, entonces, el pago de parte del Estado a los sacerdotes, quienes, por otro lado, deben vivir del culto, de su trabajo, como dice la Biblia. Y nos pareció oportuno puntualizarlo porque forma parte del mismo folklore imaginativo que pretende atacar los tesoros de la Iglesia, las supuestas riquezas vaticanas, un bien celosamente custodiado para los hombres de todas las generaciones, sin distinciones de ningún tipo. Una inventiva que gusta dibujar ostentaciones, una provocación al espíritu de entrega que caracteriza a los miembros de la Iglesia de hoy. Que pretende simplificar los verdaderos problemas que hacen a la exclusión y la miseria.

Las acusaciones carecen de argumento, como pretendimos analizar. Los bienes de la Iglesia están ahí, para ser compartidos, para el bien de todos, ¡para gloria de Dios!